La cultura del olivo

JOAQUÍN ARAÚJO

Tiene mucho de redundancia unir los términos cultura y olivar. Escrutada la historia de la vida y la de los vivos de nuestra especie, al menos en el ámbito del Viejo Mundo, se alcanza tal grado de confluencia que se aprecia, no ya proximidad semántica y conceptual sino ante todo anímica. Algo así como que son realidades solubles, la una en la otra, para convertirse en soporte y, por tanto, en un alimento en realidad idéntico para las dos partes; y ambas ya una sola, en cimiento de cualquiera de nosotros mismos: consecuencia última de ese mismo proceso.

Acepto el intentar explicarlo:

Los árboles nos preceden

Ya solo por eso son cultura, es decir, creadores de la posibilidad de que llegáramos a ser precisamente como somos. Sin otra pretensión que la de reconocerles lo que debemos al bosque, conviene saber que nos ayuda a ver como vemos, a sujetar como sujetamos y , sin duda, a tener una voz que, con el fluir lento, que va del grito a la palabra, llegó a ser lenguaje: pedestal de toda cultura.

Lo mejor que nos cuentan las arboledas es que todavía hoy sostienen al mundo al resultar los mejores administradores, no ya de los elementos esenciales para la vida –luz, agua, aire, tierra– sino también de las realidades que casi metafísicas y como paréntesis, dejan casi todo incluido dentro. Me refiero al tiempo y al espacio. Sencillamente porque nada de este planeta sabe crecer mejor sin menoscabar a los demás. Más bien todo lo contrario: el árbol consigue que el cielo y la tierra, también dentro de él disueltos el uno en el otro, mejoren al mismo tiempo. Conviene, en consecuencia acordarse de que la cultura –suma de lo que se sabe hacer y reconocer– comienza fuera de nosotros y muy especialmente con los bosques.

Los árboles nos preceden

Consuelan nuestro origen y no cejan en el empeño de asegurar nuestro porvenir. Saben, en suma, ser savia del conjunto de lo viviente. Pero algunas especies alcanzan elevarse un poco por encima de las demás y no precisamente por su estatura. Los olivos, ciertamente, hacen pocos alardes místicos, se quieren a poca distancia de sus raíces. Modestos en cuanto a la forma, el color, los requerimientos. En el olivar sucede que la sencillez y la austeridad se imbricaran entre sí para dar el mejor resultado posible: un conato de eternidad. Derrota casi por completo el tiempo, en cualquier caso es proeza que alcanzan de vez en cuando algunos ejemplares, esos que hoy alimentan unos trasvases poco menos que aberrantes, cuando no se trata de árboles que por cualquiera de los azares de la actualidad estuvieran condenados a muerte. El olivo milenario en el jardín del nuevo rico es una manifestación más de la mentecatez presente. Porque resulta difícil traicionar más contundentemente el sentido que –digno y culto- acompaña al olivo desde que se bifurcó de sus ancestros los acebuches. Que dejaron su escasa libertad para proporcionar la base de subsistencia a infinitos seres humanos. Al respecto resulta crucial entender que la primera condición cultural de cualquier campo cultivado es literalmente etimológica –y aquí sí debe valer la velada redundancia. Que no es solo la que se da entre agricultura y cultura, sino también entre literatura y el primer sentido de las palabras Porque apenas nadie recuerda que el término cultura es muy posterior al de agricultura y, mucho menos, que este último expresó y debería seguir haciéndolo, ante todo un sentido: el de cuidar

del agro, del campo. Hoy, cuando casi todo es explotación, poco sería más oportuno que recuperar el verdadero significado de las palabras.

De ahí que la laboriosa tenacidad de los que cuidan de los olivos discurre en paralelo con la del propio árbol, como esos matrimonios que acaban pareciéndose en todo tras una larga convivencia. Los árboles los merecen quienes los plantan y los contemplan crecer, año tras año. Los merecen sus cultos cuidadores – por tanto tres veces cultos pues a su sabiduría suman la del paisaje cuidado que han conseguido y la del propio árbol – pero los disfrutan todos sin excepción. Porque a todos los pulmones puede llegar el limpio aliento de los árboles. Que además bajo la protección de Atenea – la diosa del arte y del conocimiento – nos ampara ahora mismo del imperialismo de los desiertos que avanzan como barbarie, pero no la que de otros procede sino la que nosotros mismos estamos generando.

No habría contradicción pues en afirmar que poco o nada superaría en grado de incultura que la desertización voluntaria que no pocas veces están escondiendo los mismos olivos cuando tanto herbicida permite que dejemos de cultivarlos / cuidarlos.

De ahí que resulte tan oportuna estas exposiciones porque si bien y como pretendo explicar tampoco hay distancia entre el olivar y el arte, usemos del prestigio que acapara éste último para incrementar el del primero.

Los árboles nos preceden

También para todas las manifestaciones del arte. Es más, se puede afirmar que el artista persigue los mismos propósitos que un olivar. Es decir que pretende dejar mucho de sí –siempre con fecha de caducidad– para quedarse al máximo sobre la memoria de los que llegarán a estar vivos. Me ha convencido desde bien joven la definición que dio Jail Gibrán «El arte es un paso que va de la natura a la eternidad». No yerra el poeta libanés desde el momento en que los materiales y los modelos que usa el creador humano invariablemente proceden de lo espontáneo. Pero con moldear lo recibido, para convertirlo en materia sensible para la sensibilidad, de inmediato se intenta la continuidad más allá del propio tiempo personal.

Nos encontramos en una suerte de elevación a la segunda potencia. Porque éste, el arte que a continuación se despliega, queda elevado al cuadrado y está directamente inspirado por un árbol tan artístico y tan histórico, que sostiene a toda nuestra historia.

Por otra parte y aunque tendemos a considerar al arte como cima de la cultura acaso sea esperanzador ampliar, casi democratizar, el elenco de los inspirados. En este caso en una doble dirección. Por un lado porque el olivo propone desde su misma morfología toda una sucesión de atenciones por parte del contemplador sensible que todo creador artístico es.

Insertemos, al respecto, uno de los más lúcidos e intensos párrafos jamás escritos. En este caso de Maurice Maeterlink, el Nobel de la literatura más naturalista: "No es seguro que hayamos inventado una belleza que nos sea propia. Todos nuestros motivos arquitectónicos y musicales, todas nuestras armonías de color y de luz, etc., son directamente tomadas de la Naturaleza." Pero cuando el árbol además trae a cuestas una acción humana. Cuando es lo que enciende nuestra admiración, conviene sumar otro artista a la aportación de lo espontáneo. Porque las olivas llevan puestos mil cuidados de cien generaciones. Cada árbol, podría en consecuencia, llevar también una firma.

¿Qué no se merecerá la encadenada sucesión de los olivares jienenses, con sus siglos de creación del paisaje humanizado más profundo e intenso del planeta? Los procesos para que entendamos las sincronías y las reciprocidades que se dan entre el árbol y el arte llegan más lejos aún. Y el más contundente de todos los que conozco es el que mana de la escritura más ecológica que existe. Me refiero a la casi estricta equivalencia entre los pictogramas chinos usados para denominar las palabras que más nos importan a la hora de arrancar esta presentación. Son, por supuesto, ÁRBOL Y ARTE. Que se escriben así:

Lo que evocan estas pinceladas es que el arte es sacar algo del árbol, entendido sin duda como regalo y adensamiento de lo que los sistemas naturales producen para que todo sea posible. Cultivar, cuando se hace sin traiciones, quiere decir cuidar. Cultura, cuando no se miente, quiere decir exactamente lo mismo: la tutela de nosotros mismos. El arte es ese leve suspiro que todo lo une.